

11 DE ENERO 2026

## A LOS RICOS DE ESTE MUNDO, ENSEÑALES...

PASTOR JAVIER DOMÍNGUEZ



### INTRODUCCIÓN

No podemos obviar una de las realidades más difíciles que hemos vivido en El Salvador: el tiempo en que las maras operaron activamente en todo el país.

Esta congregación ha sufrido profundamente este flagelo, perdiendo incluso a hermanos nuestros. Recuerdo a un joven servidor que fue asesinado simplemente por cruzar la acera al bajar del transporte después de la universidad. Al ser interceptado en una zona limítrofe entre pandillas y mostrar su documento de identidad —cuya dirección no coincidía con el territorio en el que estaba—, le quitaron la vida por ese solo hecho.

Hoy, sin embargo, es innegable que El Salvador experimenta una realidad distinta. Ante la ausencia de las pandillas, la sociedad entera respira con alivio gracias a la drástica disminución de secuestros y homicidios, gozando así de un ambiente de mayor seguridad. Esta realidad ha impulsado un notable auge en el turismo interno y el consumo de experiencias y comodidades por parte de los ciudadanos.

No obstante, junto a esto, han surgido dos efectos negativos y medibles dentro de la iglesia evangélica: una notable disminución en la asistencia a los cultos y una reducción en las ofrendas. Es decir, la adoración ha sido afectada. Informes de grandes denominaciones confirman esta tendencia, reportando reducciones de hasta un 50 % en membresía y ofrendas respecto a años anteriores.

Esto no debería sorprendernos. La Escritura nos advierte en distintos pasajes y contextos que la tentación para el pueblo de Dios en tiempos de paz será **olvidarse de adorar a Dios**. Este «olvido de Dios» no implica negar su existencia intelectualmente, sino caer en **un ateísmo práctico**: vivir cotidianamente como si Él no existiera, asumiendo licencias morales que conducen al pecado.

Por eso, hoy quiero que estudiemos **1 Timoteo 6:17-19** que dice: **"A los ricos en este mundo, enséñales que no sean altaneros, ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en Dios, el cual nos da abundantemente todas las cosas para que las disfrutemos. Enséñales que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, generosos y prontos a compartir, acumulando para sí el tesoro de un buen fundamento para el futuro, para que puedan echar mano de lo que en verdad es vida."** (NBLA)

El apóstol Pablo no dirige esta instrucción a un economista o político, sino a un pastor, a Timoteo, estableciendo un mandato: enseñar a los creyentes ricos a no depositar su esperanza en las riquezas inciertas —lo cual produce altivez y avaricia—, sino en Dios, quien nos provee todo abundantemente. Esto significa que esta «enseñanza» pertenece al ministerio normal del cuidado pastoral de una congregación. Significa que abordar bíblicamente el uso de las riquezas no es opcional; si un pastor calla donde la Escritura habla, no actúa con prudencia, sino con desobediencia e infidelidad a Dios.

Es importante aclarar que **este texto no ataca a los ricos ni glorifica la pobreza**. La Biblia no presenta la riqueza como un pecado, pero tampoco como una bendición inocente; su enfoque está siempre en la condición del corazón ante Cristo y en cómo administramos lo que Dios nos entrega. Por eso, este texto diagnostica nuestro corazón respecto a los recursos. A través de él, Dios nos enseña a examinar cómo el Evangelio redime nuestra relación con el dinero y las posesiones.

**¿Por qué este tema es importante?** Porque la riqueza conlleva un peligro particular: puede hacernos sentir seguros sin Dios y valiosos sin gracia. Silenciosamente, las posesiones pueden convertirse en un sustituto funcional de la fe (disfrazándose de previsión, estabilidad, etc.), desplazando gradualmente nuestra confianza en Cristo hacia lo material.

Por esto, Dios manda a Timoteo a pastorear a los «ricos», definidos bíblicamente como todo aquel que posee un margen o excedente, por pequeño que sea. Debe enseñarles que pongan su esperanza en Cristo. Y que la evidencia de que sí lo hacen es el uso generoso de ese excedente.

En este texto, Pablo establece un contraste entre la altanería que revela una esperanza depositada en las

riquezas inciertas y la generosidad como evidencia de la confianza en el Dios que provee abundantemente. Así, el propósito de este discipulado es convencernos de que, **porque la riqueza es incierta, demostremos nuestra esperanza en Cristo siendo generosos.**

## I. EL PELIGRO ESPIRITUAL QUE LOS RICOS DEBEN EVITAR

**1 Timoteo 6:17 "A los ricos en este mundo, enséñales que no sean altaneros, ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en Dios, el cual nos da abundantemente todas las cosas para que las disfrutemos." (NBLA)**

El apóstol Pablo inicia este pasaje con una premisa fundamental: toda riqueza posee un peligro espiritual latente si no es sometida al señorío del Evangelio.

Al leer el encabezado «A los ricos en este mundo», la tendencia es pensar que este texto “no es para mí”. Pero sí lo es, para la gran mayoría. Para comprender esto, debemos preguntarnos: ¿Quiénes son esos “ricos en este mundo”? Bíblicamente, se refiere a todo aquel que posee un excedente o margen para ahorrar, gastar o compartir, después de cubrir sus necesidades básicas. Así, si usted cuenta con un margen de recursos destinado al ahorro, al entretenimiento, a la comodidad o a la generosidad familiar, se encuentra dentro del grupo al que el apóstol dirige esta exhortación, a los ricos de hoy.

Pero a su vez, el concepto de riqueza varía según la época. Por ejemplo, al día de hoy los datos revelan que el 10% más rico de la humanidad posee el 75% de la riqueza global. Al aterrizar estas cifras a la realidad personal o familiar, los datos son reveladores: Si tu ingreso familiar asciende a un ingreso mensual de entre 3,000 y 3,500 dólares, tú pertenes al 10% más rico de la población global. Incluso con un ingreso de 1,000 dólares mensuales tu familia se situaría en el percentil del 12% —una posición de privilegio económico frente a la precariedad mundial—.

¿A quién se dirige, pues, este texto? A los que tienen un excedente al cubrir las necesidades básicas. Y ¿qué nos enseña Dios en este texto? A evitar dos peligros, siendo el primero la altanería

**El primer peligro** que enfrentan los ricos es que se vuelvan altivos. ¿Por qué? Porque la riqueza no solo afecta cómo nos miramos, sino cómo miramos a los demás.

La palabra “altivez” apunta a una actitud interior: A una elevación del yo, a una sensación de superioridad, una manera sutil de compararse. La tentación del rico es empezar a verse más capaz que el que no tiene su riqueza, más responsable, más merecedor, más sabio. Sin embargo, muchas veces este orgullo no se expresa con palabras, sino con actitudes hacia los demás: una impaciencia con los que tienen menos, juicio severo hacia el necesitado, autocoplacencia espiritual o un distanciamiento emocional de otros menos favorecidos, o indiferencia.

Como dice **Proverbios 18:23 (NBLA): “El pobre habla con ruegos, Pero el rico responde con dureza.”** Este pasaje ilustra el orgullo en su dimensión práctica, especialmente visible en las relaciones de autoridad —como las de empleadores y subordinados—. Mientras el necesitado se dirige con súplica, el poseedor de bienes enfrenta la tentación de responder con «dureza». En el hebreo original, este término connota aspereza y un despliegue de fuerza alta. Así, tener más puede convertirse en una plataforma para la soberbia en lugar del servicio y la humildad cristiana.

Este es uno de los peligros más engañosos de la riqueza: **Que puede producir un orgullo respetable**, un orgullo que se disfraza de **orden, diligencia, previsión o éxito**, pero que en el fondo desplaza la humildad delante de Dios y delante de los hombres. Por eso, Pablo no le dice a Timoteo: “enséñales a dar”, sino primero: “enséñales que no sean altaneros”. Porque mientras el corazón esté altivo, la mano jamás se abrirá generosamente.

**El segundo peligro** de las riquezas es **una esperanza mal ubicada**. Tras advertir sobre la altivez, el apóstol

identifica el centro del conflicto espiritual: el objeto de nuestra confianza. El pecado señalado en el versículo 17 no reside en la posesión de bienes materiales, sino en depositar la esperanza en ellos. Esta transferencia de confianza constituye un acto de idolatría y una profunda torpeza espiritual, pues desplaza al Creador por lo creado.

Al exhortarnos a **no poner la esperanza en las riquezas**, el Señor confronta el fundamento de nuestra seguridad futura. La esperanza es aquello en lo que descansamos —el sustento que creemos nos sostendrá cuando todo lo demás falle—. En este sentido, la Escritura lanza un golpe devastador al orgullo humano al calificar las riquezas como «inciertas». Este término significa que no son confiables, pues son efímeras: lo que hoy se posee, mañana puede desaparecer. Factores externos como crisis sanitarias, enfermedades, demandas legales o malas decisiones administrativas han llevado a familias enteras a la quiebra. Un ejemplo reciente en nuestro país —donde una constructora perdió sus permisos de operación de forma inmediata tras un desastre natural— ilustra la fragilidad del patrimonio humano.

El mismo patrimonio que hoy brinda una falsa sensación de tranquilidad, mañana puede transformarse en una fuente de profunda angustia. Por ello, la advertencia divina es tajante: no debemos depositar nuestra esperanza en lo incierto. Esta verdad se ratifica en Proverbios 11:28, que señala el destino de quienes confían en sus posesiones: **“El que confía en sus riquezas caerá...” (Proverbios 11:28, NBLA)** Confiar en el dinero es depositar el peso de nuestra vida sobre algo que carece de la sustancia necesaria para sostenernos en los momentos de mayor necesidad.

Sin embargo, a pesar de la naturaleza incierta de los bienes materiales, el corazón humano tiende a transformarlos en un refugio emocional —una garantía silenciosa de bienestar—. Esta inclinación pecaminosa busca convertir la riqueza en una red de seguridad, otorgándole un lugar de preeminencia y confianza que solo corresponde legítimamente a Dios. La riqueza, en este sentido, deja de ser una herramienta para convertirse en un ídolo que compite por el trono de nuestra vida.

En este punto, la instrucción apostólica trasciende la mera administración financiera para abordar una idolatría práctica. El peligro latente es que el dinero usurpe atributos divinos y prometa aquello que solo Dios puede otorgar: seguridad absoluta, control, paz y una esperanza firme hacia el porvenir. Debemos reconocer que solo Cristo posee la autoridad y el poder para ser el ancla de nuestra alma —el único fundamento capaz de sostener nuestra confianza presente y futura—. Y esto es exactamente lo que se está enseñando aquí. Y **Proverbios 23:4-5** eso enseña. **“No te fatigues en**

**adquirir riquezas, Deja de pensar en ellas. Cuando pones tus ojos en ella, ya no está. Porque la riqueza ciertamente se hace alas Como águila que vuela hacia los cielos.” (NBLA)**

La Escritura exhorta: **«No te fatigues en adquirir riquezas» (Proverbios 23:4, NBLA).** El énfasis no recae en la posesión de bienes —pues la riqueza no es pecado en sí misma—, sino en la meta del corazón. Cuando el propósito de vida se reduce a la acumulación, el hombre se vuelve esclavo.

Tras advertirnos sobre la futilidad de confiar en las riquezas, Pablo establece luego el objeto correcto de nuestra fe: **“sino en Dios el cual nos da abundantemente todas las cosas para que las disfrutemos” (1 Timoteo 6:17c, NBLA).** Esto nos dice que Dios, y no la riqueza, es la fuente exclusiva de toda bendición y del verdadero contentamiento.

La vida cristiana no se limita al abandono de las falsas seguridades materiales; consiste, fundamentalmente, en abrazar una seguridad infinitamente superior. La esencia de nuestra fe radica en transferir nuestra confianza de lo creado al Creador —quien nos permite disfrutar de sus dones sin las aflicciones que acompañan a la idolatría del dinero—.

Pablo establece un contraste vital: no depositar la esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en el Dios vivo. El núcleo espiritual de esta enseñanza radica en que, ante la mirada divina, el monto del patrimonio —ya sea modesto o millonario— es secundario frente a la ubicación de nuestra confianza. La Escritura nos presenta ejemplos de hombres piadosos en ambos extremos de la escala económica —como el rey Salomón o el apóstol Mateo—; esto confirma que la verdadera cuestión no es la cuantía de los bienes poseídos, sino el fundamento sobre el cual descansa el corazón.

En esto se nota la conversión en la práctica: No solo al creer doctrinas correctas, sino al trasladar la esperanza. Así, todo creyente rico es llamado a hacer lo mismo que todo creyente: dejar de apoyarse en aquello que no puede sostener el alma, y apoyarse exclusivamente en el Dios vivo. Así, aunque la riqueza promete seguridad, debes saber que no la garantiza, no la consigue. Pero Dios sí. Él promete fidelidad, y nunca falla.

Ahora, ¿quién es este Dios en quien debemos esperar? Dios se presenta a sí mismo como aquel que **nos da abundantemente todas las cosas para que las disfrutemos.** Aquí Pablo nos recuerda que solo Dios es el dador de nuestra vida, y no un espectador. Todo lo que poseemos, desde el aliento hasta los bienes materiales, proviene de su mano soberana y bondadosa.

Esta verdad bíblica corrige simultáneamente dos errores fundamentales del corazón. Por un lado, abate el orgullo del rico al recordarle que su patrimonio no es fruto de su propio mérito, sino de la gracia divina. Por otro lado, disipa el temor del pobre al asegurarle que su provisión depende exclusivamente de un Dios generoso. Así, Pablo enseña que la prosperidad material no constituye una prueba de éxito personal, autosuficiencia o sabiduría superior, sino una evidencia de la generosidad de Dios.

Ahora bien, la afirmación de que Dios da «abundantemente» apunta al carácter de Dios. A diferencia del hombre, Dios no otorga Sus dones con mezquindad, reservas emocionales ni cálculos de mérito. Su provisión fluye directamente de Su bondad intrínseca y no de nuestra dignidad personal.

En esta instrucción se halla implícito el Evangelio: antes de exigirnos dar, la Escritura nos recuerda lo que ya hemos recibido por Gracia. Antes de pedirnos ser generosos, nos recuerda lo generoso que es Dios con nosotros cada día.

Esta perspectiva transforma la motivación del corazón: el creyente no ejerce la generosidad para obtener el favor divino, sino como respuesta al favor inmerecido que ya disfrutamos en Cristo. Entendemos que la abundancia no es fruto de nuestra habilidad, sino de la bondad de Dios. Al vivir bajo esta gracia, somos liberados para dar con liberalidad en la obra del Reino, sabiendo que nuestra identidad y seguridad no dependen de lo que retenemos, sino de lo que ya hemos recibido en Él.

Luego añade la frase «**para que las disfrutemos**», la cual suele ser malinterpretada. Pablo está corrigiendo con ella un falso espiritualismo muy arraigado en nuestro contexto. Esta instrucción derriba la idea de que laantidad cristiana exige un desprecio por lo material.

En nuestro contexto existe la creencia errónea de que laantidad es sinónimo de precariedad material o escasez, asumiendo que la riqueza es un obstáculo insalvable

para la piedad. Sin embargo, la Escritura desvirtúa este prejuicio al afirmar que Dios provee en abundancia con el propósito explícito de que Sus hijos disfruten de Su creación.

El equilibrio reside en comprender que el goce de los dones creados no es pecaminoso cuando se vive en dependencia y gratitud hacia el Creador. Debemos distinguir el deleite bíblico del consumo idolátrico: disfrutar no es poseer con ansiedad, acumular por temor ni retener con avaricia. Por el contrario, el verdadero disfrute consiste en recibir las provisiones divinas con gozo, sin permitir que estas usurpen el lugar de Cristo como nuestro único Salvador y fuente de confianza.

Así, por tanto hermanos, el problema no es disfrutar de lo que Dios da; el problema siempre será esperar que lo que Dios da nos haga felices. El pecado no es el gozo del recurso, sino la creencia de que este puede satisfacer el alma. En esencia, la instrucción de Pablo nos exhorta a abandonar una esperanza frágil y volátil —las riquezas— para abrazar una esperanza firme y eterna en el Dios que nos provee abundantemente y descansar plenamente en Su fidelidad soberana. Esto implica confiar en que Su cuidado es constante y cotidiano, reconociendo que Su provisión es perfecta en tiempo y forma, y que Su promesa es eterna.

Y es en este punto, cuando el corazón se arraiga en la confianza en Dios, que el dinero pierde su dominio tiránico sobre nosotros. Desaparece la necesidad compulsiva de acumular para el mañana, pues la seguridad ya no reside en el patrimonio, sino en la protección constante del Señor.

En definitiva, mientras que la altanería delata una esperanza puesta en lo incierto, la fe nos libera de ese orgullo. Sin embargo, la Escritura no solo nos ordena abandonar ídolos, sino que nos llama a algo superior. Tras prohibir la confianza en las riquezas, surge la pregunta crucial: ¿cuál es, entonces, el deber del rico?

### Preguntas de comprensión

**1.** Según el sermón, ¿a quiénes considera Pablo “ricos en este mundo” y por qué esta instrucción sí aplica a la mayoría de los creyentes?

### Preguntas de reflexión

**1.** ¿Cómo puedes identificar y confesar las formas en que la riqueza o la estabilidad económica han endurecido tu trato hacia los demás?

**2.** Cuando piensas en tu futuro y seguridad, ¿descansa tu corazón más en tus ahorros, trabajo o ingresos que en la fidelidad de Dios?

**3.** ¿Qué cambios concretos harías esta semana para demostrar que tu esperanza está en Dios y no en tus recursos?

**4.** ¿De qué manera recordar que Dios “nos da abundantemente todas las cosas para que las disfrutemos” te anima a descansar en Él y no en tu economía o la búsqueda de la riqueza?

**Según lo leído hasta el momento, ¿De qué maneras has sido instruido, exhortado, consolado o animado?**

## II. EL DEBER ESPIRITUAL DEL RICO: SER GENEROSO

**1 Timoteo 6:18-19** “Enséñales que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, generosos y prontos a compartir, acumulando para sí el tesoro de un buen fundamento para el futuro, para que puedan echar mano de lo que en verdad es vida.” (NBLA)

Ahora Pablo demuestra que una esperanza correctamente arraigada en el Evangelio inevitablemente se manifiesta en una conducta generosa. De este modo, la confianza y la esperanza en Cristo encuentran su expresión práctica en la generosidad.

En este punto, el Evangelio confronta áreas muy concretas de nuestra vida. Debemos hablar con claridad: una fe que no transforma la administración de nuestros recursos carece de madurez y, posiblemente, de vida. Si alguien profesa fe en Cristo, pero su relación con los bienes se caracteriza por la altanería o la tacañería, su fe es, con certeza, inmadura; en el peor de los casos, podría tratarse de una fe muerta, carente de la evidencia regeneradora del Espíritu.

El apóstol inicia su instrucción con el mandato: «**Que hagan el bien**». Es relevante que Pablo utilice el verbo «enseñar», pues no presupone que el rico cristiano ya sabe qué hacer con su riqueza delante de los ojos de Dios.

Y es que debemos comprender que la riqueza no viene con sabiduría espiritual incorporada. Por el contrario, el uso de la riqueza requiere de instrucción bíblica, dirección pastoral y corrección constante.

**¿Qué debe hacer entonces el rico?** El bien. En el contexto bíblico, esto implica una vida activa de misericordia, justicia y amor tangible hacia el prójimo. Para el creyente, significa someter su patrimonio al señorío de Cristo. Significa usar su riqueza como un instrumento para la obra de Dios.

Por esto, el apóstol agrega luego la frase «**ricos en buenas obras**» (**1 Timoteo 6:18, NBLA**). Aquí Pablo está redefiniendo el concepto mismo de riqueza. Sin negar la existencia de los bienes materiales, él introduce una riqueza infinitamente superior: “las buenas obras”.

Esta enseñanza bíblica es profundamente contracultural. Mientras que el mundo mide la riqueza en función de la acumulación, el Evangelio la mide a través de la generosidad. Y mientras el mundo celebra a quien acumula para sí, Dios honra a quienes dan con liberalidad y generosidad en su reino.

Pero una pregunta obvia sería: ¿Cuánto hay que dar? Dios, a través de Pablo, nos responde ordenándonos a ser “ricos” en esas buenas obras. Esto implica que la vida del creyente debe excederse en el bien, poseyendo un “superávit” de ofrendas y obras piadosas. Esto implica que tu vida y la mía deben estar marcadas, caracterizadas y reconocidas por una generosidad activa y constante en la iglesia.

Luego, al exhortar a ser «**generosos y prontos para compartir**», Pablo no clasifica el dinero como un don espiritual, sino como una responsabilidad de mayordomía. La enseñanza es profunda: en Su providencia soberana, Dios deposita recursos materiales en manos de ciertos creyentes, vinculando esa provisión a una demanda de obediencia específica. Así, la tenencia de bienes no es un fin en sí mismo, sino un llamado divino a ejercer una generosidad activa en favor del Reino.

Poseer riquezas no es, en sí mismo, un servicio a Dios; el servicio real ocurre cuando el creyente somete sus bienes a la obediencia de Cristo. Así como el Señor otorga capacidades para la enseñanza o el canto, a otros les encomienda la responsabilidad de servir mediante una generosidad deliberada, sacrificial y constante. En este sentido, la riqueza se convierte en un ministerio solo cuando el poseedor actúa como un mayordomo fiel, reconociendo que administra recursos que pertenecen al Rey.

La frase «**prontos a compartir**» describe la disposición interna del dador: una voluntad que se inclina hacia el Reino y el prójimo sin necesidad de coacción. La generosidad bíblica no nace de la manipulación ni de la presión externa, sino de un espíritu liberal y resuelto. Estar «pronto» para dar significa ejercer la mayordomía con una libertad gozosa, lejos de cualquier sentimiento de amenaza o imposición legalista.

Pero luego, Pablo agrega la grandiosa verdad: «**Acumulando tesoro de buen fundamento para el futuro**». Esta es la esencia de la enseñanza. Significa que, al trasladar nuestra esperanza de las riquezas hacia Dios, el dinero se despoja de su carácter idolátrico y se transforma en un instrumento de amor. Bajo esta nueva perspectiva, los recursos materiales dejan de servir al ego y comienzan a reflejar nuestra devoción al Reino, convirtiéndose en una manifestación visible de nuestra lealtad al Señor.

Al hablar de «acumular tesoro como buen fundamento para el futuro», Pablo corrige una visión económica

distorsionada sin contradecir la justificación por la fe. No se trata de comprar la entrada al cielo con limosnas —lo cual negaría la gracia—, sino de aplicar las palabras de Jesús sobre invertir y hacer tesoros en el cielo donde la polilla no corroe ni los ladrones hurtan. Y la forma de hacer esto, según la enseñanza de Jesús, es siendo muy generosos en su reino mientras estemos en la tierra.

Así, Pablo presenta la generosidad como una inversión estratégica en lo eterno. Cuando el creyente emplea sus recursos para el bien del prójimo y la gloria de Dios en la iglesia local, realiza una declaración pública de fe: su seguridad futura no radica en lo que acumula, sino en la fidelidad de su Salvador. Este es el «**buen fundamento**» al que se refiere el apóstol; una base inamovible donde el uso del dinero hoy se convierte en un testimonio de la confianza que tenemos en el mañana de Dios.

El término «**fundamento**» evoca aquello que sostiene nuestra existencia; en términos económicos, representa un fondo de inversión para el futuro. Por esta razón, el cristiano ejerce la generosidad sin la ansiedad de recuperar lo entregado. Al ofrendar con libertad, reconocemos que el destino de esos recursos no es esta vida temporal, sino la eternidad. Estamos convencidos de que nuestra inversión está resguardada en el cielo, donde los dividendos espirituales serán plenamente disfrutados ante la presencia del Señor.

Pablo concluye con una afirmación tan devastadora como gloriosa: el llamado a «**echar mano de la vida que es vida de verdad**». El texto nos enseña que, así como la altanería delata una esperanza puesta en lo efímero, la generosidad es la evidencia tangible de que un creyente ha puesto su esperanza en Cristo, viviendo ya en la realidad del Reino. Ser generoso no es solo un deber, sino la prueba de que el corazón ha abandonado las ilusiones de este mundo para aferrarse a la plenitud eterna que solo se encuentra en Cristo.

Al enfatizar la frase «**lo que en verdad es vida**», Pablo establece una distinción crucial: existe un tipo o forma de vivir que solo aparece ser plena, pero es falsa. Una vida volcada a la acumulación y al control material no es el diseño de Dios para el creyente, sino una imitación frágil y temporal del cristianismo. **La verdadera vida** es aquella que, reconciliada con Dios por medio de Cristo y bajo Su señorío absoluto, transforma cada recurso y tesoro en una ofrenda para Su gloria. Solo quien vive para lo eterno está experimentando la vida auténtica.

Solo aquel que ha sido Enriquecido por la gracia puede dar generosamente ofrendas y ayudas sin temor. Solo quien espera firmemente en Dios puede ofrendar con

gozo. Solo quien conoce la «vida verdadera» en Cristo puede renunciar a las falsas seguridades propias de este mundo.

## Conclusión

Hermanos... ¿Cómo usas tus excedentes? ¿La forma en que usas tus riquezas refleja tu esperanza en ellas o en Cristo? ¿Eres altivo y mezquino, o das ofrendas generosas a Dios en su reino? Este texto no nos deja un espacio neutral.

Este texto no es una sugerencia devocional ni un consejo opcional para creyentes especialmente comprometidos. Es un mandato de Dios para nosotros porque nos ama. Bien sabe Dios lo frágiles que somos ante los ídolos y el dinero. Así que, en lugar de juzgarnos en silencio, nos instruye en amor, en el amor de Cristo.

Observa cómo este texto no nos lleva primero al uso de nuestro dinero; nos lleva primero a Cristo. Cristo es el verdadero rico que no se aferró a su riqueza, sino que fue generoso con nosotros. El Hijo eterno, poseedor de toda gloria, no puso su esperanza en sus derechos, sino en la voluntad del Padre. Al confiar en el Padre, Él se despojó, no por obligación, sino por amor. Se hizo pobre, no para enseñarnos filantropía, sino para darnos vida. Eso es verdadera y pura generosidad. Por tanto, si este llamado de Pablo a la generosidad se separa de Cristo, se convierte en moralismo. Pero unido a Cristo, se convierte en adoración.

Hermanos, la Biblia NO nos está diciendo: “den para ser aceptados por Dios”. Nos está diciendo: “porque ya han sido aceptados, ya no necesitan aferrarse a lo que no puede salvarlos, ya no necesitan aferrarse a las riquezas”. En Cristo y su generosidad es donde aprendemos que el dinero promete seguridad, pero **Cristo es nuestra seguridad**. El dinero promete futuro, pero **Cristo es nuestro futuro**. El dinero promete vida, pero **solo Cristo da la vida verdadera**.

Pero, para profundizar en este estudio, debemos notar que estas instrucciones se dirigen al «hombre de Dios» (contexto anterior). En el Nuevo Testamento, este título aparece solo dos veces (ambas en las cartas a Timoteo), heredando la distinción de los profetas y líderes del Antiguo Testamento que servían bajo un mandato divino de adoración. Por tanto, la identidad de un verdadero hombre de Dios es inseparable de su carácter: no se puede reclamar tal distinción sin **reflejar la generosidad de Aquel** a quien se sirve. La generosidad no es opcional, es una marca distintiva de quien pertenece al Señor.

Lo que hemos expuesto no es simple moralismo ni filantropía común; el mensaje central de este texto es la redención de nuestras riquezas a los pies de Cristo. El llamado para el creyente es a consagrar sus bienes materiales, transformándolos en instrumentos que glorifiquen activamente al Señor. La verdadera generosidad cristiana no se mide por el monto, sino por el reconocimiento de que todo recurso pertenece a Aquel que nos redimió.

### ¿Cuál es el llamado de Dios para nosotros hoy?

**El primer llamado de este texto es imperativo: debemos depositar nuestra esperanza exclusivamente en Cristo.** No debemos esperar en Cristo hasta alcanzar una supuesta estabilidad financiera o sentirnos “listos”; la demanda es para hoy mismo. Debemos reconocer que nuestra seguridad no reside en el capital acumulado, sino en el carácter inmutable de Dios. Nuestra esperanza no es el dinero; nuestra esperanza es el Señor.

**El segundo llamado es a vencer el temor a la generosidad. Debemos dar ofrendas generosas.** Esto no es opcional. La Escritura nos recuerda que *Dios provee abundantemente todas las cosas para nuestro disfrute*; antes de pedirnos que abramos nuestra mano, Él nos asegura que la Suya permanece abierta para nosotros cada día. Por lo tanto, podemos dar sin miedo, confiando en que el Señor, en Su fidelidad, continuará sosteniéndonos con Su provisión inagotable y generosa.

Esta es la fe que Dios nos demanda: la sencillez de un niño que comparte su pan con total libertad porque confía plenamente en que su padre le proveerá más mañana. Debemos ejercer una generosidad desprendida, sabiendo que nuestro Padre celestial tiene Su mano abierta para nosotros. Al dar hoy, declaramos nuestra convicción de que Dios, en Su fidelidad paterna, no dejará de darnos lo que necesitemos. Es, en esencia, la fe de un hijo que descansa en la provisión de su Padre.

### Preguntas de comprensión

**1. ¿Cómo redefine Pablo el concepto de riqueza, y cuál es la diferencia entre la riqueza según el mundo y la riqueza según el evangelio?**

### Preguntas de reflexión

**1. ¿Qué excusas has usado para evitar involucrarte activamente en buenas obras y servicio sacrificial?**

Por tanto, si eres rico, en términos prácticos, si posees un excedente que permite ahorrar, invertir o disfrutar del descanso más allá de las necesidades básicas, el texto te extiende un llamado concreto: somete tus recursos al señorío de Cristo. Sé generoso. Da ofrendas y ayudas. No se trata de perder tus bienes, sino de redimirlos al ponerlos al servicio de Su Reino. Al hacerlo, el dinero deja de ser un amo para convertirse en un instrumento santificado para la gloria de Dios.

Si estas palabras han inquietado tu corazón, no resistas ese impulso; es el Espíritu Santo trasladando tu esperanza de lo frágil hacia el puerto seguro que es Jesucristo. En última instancia, sólo existen dos maneras de vivir: aferrados a riquezas que no pueden sostenernos, o descansando en la fidelidad de Aquel que nunca nos soltará. Que nuestra vida sea un testimonio de haber elegido el descanso eterno en Cristo Jesús.

Así que, **Así que, porque la riqueza es incierta, demostremos nuestra esperanza en Cristo siendo generosos.**

## 🎵 ALABANZAS | DOMINGO 11 DE ENERO, 2026

En nuestra iglesia siempre buscamos que puedas integrarte y disfrutar mas de la adoración comunitaria, por tal razón compartimos el siguiente listado de alabanzas para que adores a nuestro Señor Jesucristo:

### Al Cristo regresar

Gracia Soberana Música

[Escuchar aquí](#)

### Ciudad de Dios

Jonathan & Sarah Jerez

[Escuchar aquí](#)

Gracias por ser parte de nuestra comunidad. Te invitamos a apoyar nuestro ministerio para seguir produciendo recursos como este. Puedes ofrendar a través de:

**[graciasobregracia.org/ofrendas](http://graciasobregracia.org/ofrendas)**

o escaneando el siguiente código:

